

La Cuba racial: ¿dónde estamos todavía?

Eroisis González Suárez
Activista cívica
La Habana, Cuba

En Cuba, los problemas de la comunidad negra no han sido resueltos. Nunca ha sido identificada como grupo con problemas individuales y específicos, lo cual hubiera facilitado el trabajo directo sobre sus conflictos. La discriminación primero y la integración silenciosa después, han mantenido a los negros cubanos sin política directa que resuelva su situación social.

En 1962, el gobierno cubano declaró concluyentemente resuelto el tema racial y la política racial se basó entonces en contrarrestar el desarrollo de nuevas propensiones racistas, sin referirse al tema. La realidad es que la problemática racial no fue resuelta por las guerras de independencia ni por la república ni mucho menos por la revolución de 1959.

La sociedad sin distinciones raciales, como había vislumbrado el gobierno a principios de los años sesenta, fracasó. Este flagelo sobrevivió y se reprodujo debido al silencio oficialista e incluso se crearon estereotipos e ideologías racistas en una sociedad que estaba todavía muy lejos de ser racialmente igualitaria.

Este silencio de la elite oficialista fue incapaz de frenar el racismo en el terreno fértil de los espacios privados. Y este comenzó a impactar e influir en las relaciones sociales entre amigos, vecinos, compañeros de trabajo y miembros de la familia. Se refuerza entonces el estereotipo. Y a los afrodescendientes se

les asocia con los atributos de la violencia, el escándalo, la vulgaridad y el desorden social.

La opresión vivida por los afro descendientes cubanos en una sociedad racista no puede ser pensada como si fuera una sumatoria de cargos por tratarse de una carga distinta, ya sea por su comportamiento o bajo nivel cultural. Hay un porcentaje indudable de mujeres y hombres negros cultural e intelectualmente preparados para luchar y abrirse paso en el mismo plano de dignidad que los hombres y mujeres blancas. Sin embargo, aunque estén igualmente preparados y capacitados, los de color negro difícilmente encuentren oportunidades de demostrar sus aptitudes y conocimientos, porque la realidad del prejuicio racial va corroyendo la nacionalidad e inutiliza sus esfuerzos, hace estéril sus gestiones y apesadumbra la vida. Así resulta que, ante la imperiosa necesidad de subsistir, los afrodescendientes cubanos de ambos sexos desciendan, en el mejor de los casos, a escalas sociales bajas para sustentarse a partir de los trabajos más rudos, tristes y menos remunerados. Y en el peor de los casos caen en ilegalidades que van desde la prostitución hasta el tráfico en el mercado negro.

La incorporación de los cubanos de raza negra a la sociedad ha sido parsimoniosa. La amplia mayoría de las principales posiciones dentro del ejército y del propio gobierno son ocupados por cubanos blancos; el número de



Afrodescendientes en un edificio en ruinas

estudiantes negros es aún pequeño en comparación con la mayoría blanca en las universidades. Lo cierto es que, a más de medio siglo de revolución cubana, los negros representan aún la más amplia mayoría en las labores de construcción y actividades manuales, y la gran mayoría de la población penal.

No es de extrañar que el racismo y la discriminación hayan creado fuerte resentimiento y resistencia en la población afrocubana. El incremento de los negros cubanos en los movimientos disidentes interraciales propicia una tendencia a la formación eventual de formas racialmente definidas de movilización social y política.

Es una necesidad urgente tratar con seriedad y constancia el tema racial cubano, crear espacios de debates abiertos, donde se toque el tema a profundidad, y de esta forma crear consciencia social sobre este flagelo. Se requiere la voluntad no solo de los ciudada-

nos, sino también del gobierno, y que se tomen acciones que se encaminen a minimizar el racismo. La elite gobernante tiene que adoptar medidas urgentes para revertir el proceso de aumento de las tensiones raciales para que la desigualdad racial no alcance nivel crítico en el futuro.

Las percepciones raciales continúan aquejando las relaciones sociales, pero la elite gobernante ha preferido ignorarlo. Lo más urgente sería requerir la voluntad de los buenos cubanos y la acción del gobierno para afrontar de forma civilizada, y a la vez enérgica, la problemática racial. Es imposible borrar tan fácilmente toda una vida bajo este flagelo, pero ya es hora de que la igualdad se establezca para todos, que la justicia no se determine por el color de la piel, sino por el derecho y las cualidades de las personas. A ello debemos contribuir todos, negros y blancos.